

Los caminos de la intuición:

Juanita Pérez Adelman

Germaine Gómez Haro

En el principio estaba el camino.
Georgios Seferis

Juanita Pérez Adelman nace en Bogotá, Colombia, en 1951 y estudia Artes Plásticas en la Universidad Nacional. En 1977 viaja a Estados Unidos para realizar una maestría en grabado y permanece allí hasta 1987, fecha en que se traslada a México

donde actualmente vive y trabaja. Su obra plástica es el resultado de esas tres culturas que le ha tocado vivir y aprehender, y que se reflejan en su pintura a través de una trama de vasos comunicantes que evocan su historia personal.

Juanita ha desarrollado desde sus inicios un lenguaje que colinda con la figuración abstracta, haciendo uso de composiciones

basadas en formas geométricas sencillas y elegantes a las que intercala signos y símbolos que funcionan como insinuaciones poéticas. En su trabajo reciente, presentado en la Casa Lamm bajo el título de *Paraísos internos*, destaca la incorporación de mapas geográficos que revelan la intención conceptual que ha sido el motor de esta obra. Sus caminos señalan los andares de su deve-



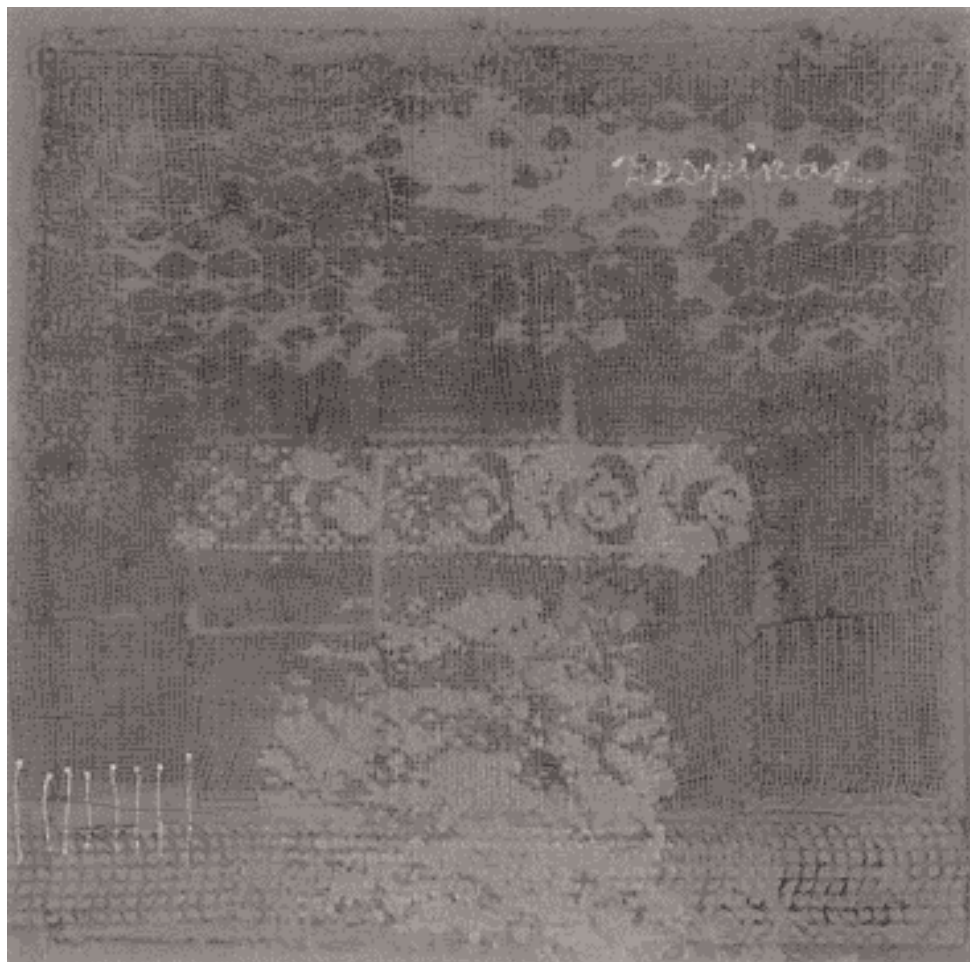
Juanita Pérez, *Centro*, 2004

nir existencial y creativo. Son rutas que dan cuenta de un entramado de deseos, frustraciones, búsquedas, encuentros, pérdidas, gozos y desasosiegos que podrían leerse como una cartografía espiritual y como metáfora de su paisaje interior.

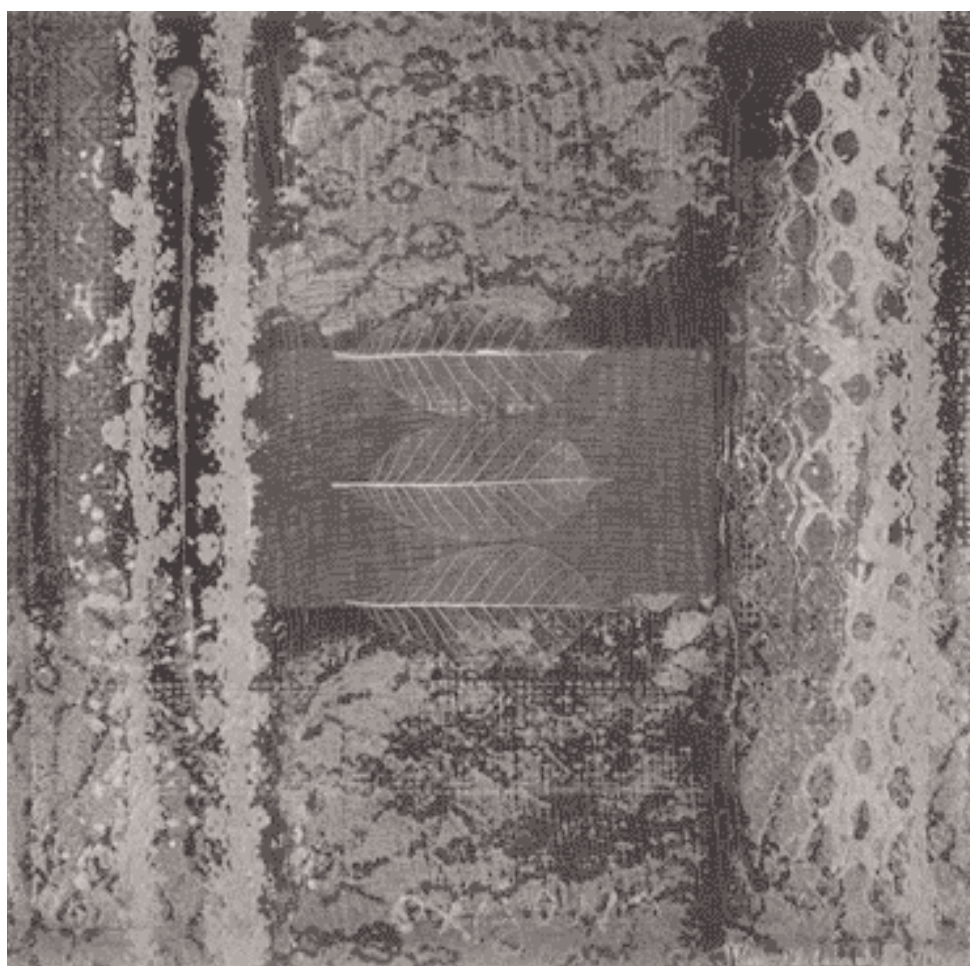
Su geografía imaginaria nos habla de memorias cargadas de emociones y vivencias que se perciben como destellos de su vida. En el plano formal se viven como el punto de intersección que marca un sutil equilibrio entre la abstracción geométrica y la expresión vital, entre el rigor del oficio y el despliegue sensorial de la materia y el color que ha liberado a su pintura del sometimiento de la línea y la perspectiva. Son el puente que une el arte y la vida, el mundo interno y el externo, lo real y lo imaginario. El hoy y el ayer. El acto creativo consiste en lograr la síntesis de la materia y el espíritu. Una de las piezas más significativas de la muestra es el políptico titulado *Pasando fronteras*, el cual entreteje su concepción formal y conceptual:

El deseo de organizar el desorden, de buscar la armonía y la paz interior, usando el lenguaje artístico como un medio de comunicación visual y, simultáneamente, de cuestionamiento interno.

Su pintura se ha distinguido por un colorido explosivo que produce delirantes vibraciones visuales. Pocos creadores contemporáneos se atreven a manejar combinaciones extravagantes con un resultado tan afortunado, que imperceptiblemente remite a la paleta libérrima de Pedro Coronel. En su trabajo reciente la artista se concentra casi exclusivamente en un solo color por obra. Predomina una gama de rojos brillantes mezclados con grana cochinilla y azules etéreos que recuerdan ese misterioso tono que plasmaron con maestría los tlacuilos mayas precolombinos. En estas piezas las variaciones tonales son sutiles, casi monocromáticas, de no ser por las numerosas capas de pintura superpuestas que se asoman entre los diversos elementos que componen la tela. Las fragmentaciones, transposiciones y ensamblajes de materiales variopintos que, sutilmente, entreteje en las superficies de sus telas, recrean combinaciones infinitas.



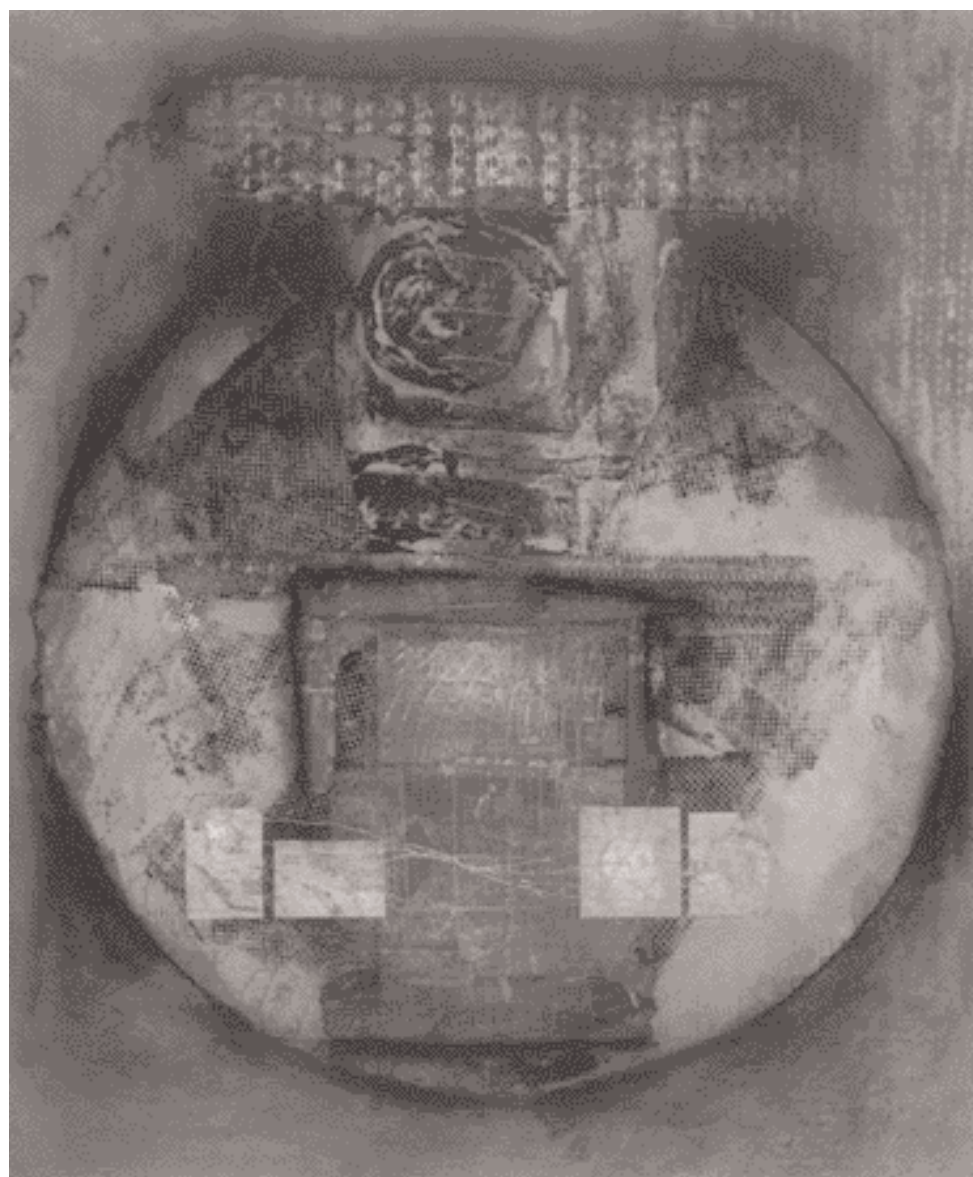
Juanita Pérez, *Respirar 1/7*, 2004



Juanita Pérez, *Aire 1/2*, 2004



Juanita Pérez, *Puente sobre mapas*, 2004



Juanita Pérez, *Nueve hojas rojas*, 2004

En su pintura, la materia y la textura han sido una constante a lo largo de toda su trayectoria. Pero más allá del gusto por la técnica y del dominio en la factura, la obra de Juanita Pérez se asocia a sus reflexiones filosóficas y estéticas. El papel amate y los trozos de textiles que incorpora a sus composiciones se vinculan a su interpretación muy personal de la tradición indígena que tanto la impactó a su llegada a México. Por eso afirma que el trabajo que ha realizado en nuestro país no hubiese podido surgir en ninguna otra parte del mundo. Su pintura podría ser considerada muy “mexicana” —si acaso al arte se le puede atribuir una nacionalidad— sin caer en ningún momento en el “folclorismo” o en la imitación superficial de las artes populares, que en nuestro país perviven y forman parte de nuestras creaciones más auténticas. Juanita Pérez ha sabido absorber la esencia de nuestra riqueza cultural y la ha fusionado con su propio bagaje artístico, dando como resultado una obra sincrética que se inserta con fortuna en la tendencia posmoderna de nuestro tiempo, con sus ecos reverberantes de voces ancestrales y penetrantes que denotan, a la vez, frescura y contemporaneidad.

Sus cuadros, cargados de sensualidad y de un enloquecido control, son suntuosos, cálidos y sofisticados, pero su trasfondo filosófico se impone a la belleza formal. La pintura es para Juanita Pérez un acto de “retrocognición”, es el camino que le ha permitido explorar su cartografía interior para conciliar el adentro y el afuera, el tiempo vida y el tiempo muerte, y descubrir que la utopía del paraíso se encuentra en el efímero contacto con lo *bello*, cuyo principal atributo es la evanescencia. El paraíso significa para esta artista “una visión de redención y de respiro, de deseo y de necesidad”. Su deseo queda plasmado en una pintura de esencias que dibuja los caminos de su intuición con ritmo, cadencia, equilibrio y armonía:

Con esta obra —comenta— quiero inventar paraísos internos tejiendo, conectando, reinventando geografías, soñando con nuevos vínculos, creando posibilidades de comunicación. Pasar fronteras físicas y espirituales apostándole a la vida. **U**